

Recuerdos de Óscar Collazos

JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS

Santa Marta, 1946. Poeta (*El laberinto, Oficio terrenal, El libro de las visiones*), novelista (*Las puertas del infierno* —finalista en el Premio Rómulo Gallegos—, *El muro y las palabras* —Premio Nacional Ciudad de Pereira—, *El esplendor del silencio*), ensayista (*Las mil caras de la URSS, El otro Pablo Neruda*) escritor infantil (*Juegos y versos diversos, Cuentos y leyendas de Colombia*), dramaturgo (*La muñeca nocturna*), periodista cultural, docente y funcionario.

Una noche de marzo de 1966, el novelista Manuel Zapata Olivella convocó en su apartamento del barrio Santa Fe a un grupo de jóvenes colaboradores de su revista *Letras Nacionales*. Se trataba de hacerle un homenaje a Jorge Artel, conocido como “el poeta de la raza negra”, un hombre de izquierda y exiliado en Panamá a raíz de los sucesos del 9 de abril de 1948 que acababa de retornar a Colombia. Viejos amigos de Artel, como Manuel Mejía Vallejo y el novelista chocoano Arnoldo Palacios, aguardaban ansiosos su llegada.

Cuando el fornido escritor ingresó a la sala del pequeño apartamento, todos los presentes nos pusimos de pie. Aparte de los ya citados, éramos unos noveles escritores que apenas rebosábamos los veinte años. Y ninguno, salvo Germán Espinosa, tenía libro publicado. Recuerdo, además de Germán, a Luis Fayad, a Olga Elena Mattei (poeta y bellísima modelo antioqueña), a la pintora Josefina Torres y a Óscar Collazos, con estampa de boxeador, tímido y expectante, que había publicado en la revista de Manuel un cuento sobre un burdel en Semana Santa. Estaba escrito en impecable estilo y con aciertos narrativos sorprendentes y había suscitado la admiración pública de Gabriel García Márquez. Desde entonces, entre el cuentista de Bahía Solano y el escritor de Aracataca se gestó una buena aunque distante amistad. (En los años

ochenta, Collazos publicó una semblanza de Gabo titulada “García Márquez, la soledad y la gloria”).

A partir de la tertulia en casa de Manuel, comenzamos a reunirnos casi todas las tardes en la sala de *Letras Nacionales*. Allí celebrábamos recitales poéticos y lecturas de cuentos de jóvenes inéditos, siempre regados con ron Tres Esquinas o aguardiente Néctar. Eran encuentros que luego prolongábamos en los cafés circunvecinos del sector de Las Nieves.

La empatía entre Collazos y quien esto escribe fue inmediata. Me llamaban la atención su desfachatez, la seguridad de sus conceptos siempre originales y sorprendentes y su total antagonía con la solemnidad bogotana. Cuando alguien preguntaba a los nuevos autores por los comienzos literarios, hablábamos de las novelas de Joyce, Faulkner, Hemingway o de *El cuarteto de Alejandría*, de Durrell, que se convirtió en lectura emblemática de nuestra generación. Óscar, por el contrario, soltaba la carcajada y decía: “Mientras ustedes estaban leyendo a Faulkner y a Durrell, yo estaba bebiendo aguardiente Platino en los burdeles de Buenaventura”.

A mediados de 1966, publicó su primer libro de cuentos, *El verano también moja las espaldas* —obra que sigo considerando la mejor de Collazos, por encima de sus novelas— y, casi enseguida, *Son de*



máquina, también de cuentos. Durante esos años, hasta que viajó a Europa del Este, a París y luego a Cuba (en donde reemplazó a Mario Benedetti en la dirección del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas), anduvimos por Bogotá “para arriba y para abajo”.

Siempre andábamos fumando, tomando café y bebiendo aguardiente, discutiendo de literatura y política, recorriendo las calles del centro y de Chapinero sin un peso en el bolsillo, visitando al novelista José Stevenson, que tenía una biblioteca gigantesca, y alternando con otros escritores, como Germán Espinosa, Luis Fayad, Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar, Roberto Burgos Cantor, Hugo y Roberto Ruiz, Alberto Duque López, Umberto Valverde, Policarpo Varón, Fernando Cruz Kronfly, Fanny Buitrago, Isaías Peña Gutiérrez, Óscar Alarcón Núñez y los poetas de la “Generación sin Nombre” (Giovanni Quessep, Juan Gustavo Cobo Borda, Álvaro Miranda, Darío Jaramillo Agudelo y Augusto Píñilla), entre otros.

Fui testigo de muchas noches de penurias y altibajos: recuerdo ver a Óscar con una preciosa mulata, con una rubia italiana, con una elegante galerista; también, quejándose de un dolor de muelas; o con un sello negro en el ojo causado por una pelea callejera el día anterior; tomando café fuerte en abundancia con todos nosotros, admirados ante una lúcida disertación ideológica del joven maestro barranquillero José Ramón Llanos Henríquez; discutiendo con el maestro Eduardo Carranza y atacando su actitud a favor del franquismo; o siendo respetuosos y exhibiendo temor reverencial ante León de Greiff, Jorge Zalamea y Luis Vidales; y defendiendo a Cuba, a Fidel y a su revolución con vehemencia provocadora ante los dirigentes del liberalismo reinante en Colombia.

Durante muchos años dejamos de vernos. Collazos estuvo varios años viviendo en Barcelona. Siempre inquieto, tanto política como intelectualmente, sus opiniones suscitaban polémica y atención obligada. En 1970, publicó un libro que lo proyectó internacionalmente: *Revolución en la literatura*

y *literatura en la revolución*, en coautoría con Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa.

Publicó luego media docena de novelas, todas ellas interesantes (*Crónica de tiempo muerto*, *Todo o nada*, *Fugas*, *Morir con papá*, *La modelo asesinada*, *Señor Sombra* y *Rumor*) y con el estilo ágil y elegante que lo caracterizaba, aunque siempre nos dejó con la impresión de que su “gran” novela se le había escapado de las manos. A nuestra generación nos dejó esperando con su novela estelar.

En Colombia, se destacó, en los últimos veinte años, como columnista de opinión culto, racional y rebelde en el diario *El Tiempo*. Estaba vinculado a la Universidad Tecnológica de Bolívar y participaba con su luminoso saber en eventos literarios tanto en el país como en el exterior. Me sorprendió verlo hace pocos años en un congreso literario en Cali, confundido entre el públi-

co, que escuchaba una conferencia mía sobre Pablo Neruda. Al final, me felicitó por mi “poder hipnótico” en la narración de la vida novelesca del poeta chileno.

Hace dos meses recibí una carta de Óscar en la que me invitaba a participar en un diplomado sobre Gabo: “Pensé en ti —me escribió— para que nos dieras una conferencia sobre la saga de los García Márquez, una especie de árbol genealógico en cuyas ramas estás enredado”.

Le prometí que nos veríamos en junio en Cartagena. Pero no se pudo. La esclerosis lateral amiotrófica que lo atormentaba desde hacía un año cortó su vida en la mañana del 17 de mayo de ese 2015, un año y un mes después de que abandonara este mundo el fabulista de Macondo. Había nacido en Bahía Solano (Chocó), el 29 de agosto de 1942. En el mar de su ciudad natal serán regadas sus cenizas. ■■■